

Señales de Humo

Año 5 No.15

Boletín del CENTRO INAH SONORA

Enero - Abril 2007

LA HISTORIA SIN TIEMPO DE LAS OLLAS SIN CONTEXTO

César Villalobos Acosta



Los días 12 a 14 de marzo de 2007 los arqueólogos Adrián López, César Villalobos y Elisa Villalpando del Centro INAH Sonora, estuvieron en la localidad de Trincheras, Sonora, obteniendo información relacionada con el hallazgo accidental de materiales arqueológicos de la Cultura Trincheras que fueron recobrados por la Presidencia Municipal, la cual solicitó la intervención del INAH. El hallazgo fue hecho por un joven-casi-niño de 14 años, quien las encontró excavando en el predio familiar, en

un área inmediata a la fosa séptica que su padre construyó hace unos 4 meses, en donde habían hallado dos ollas. El joven-casi-niño en una desmedida necesidad por encontrar más vasijas estuvo pacientemente picando tierra durante una semana y media, con un desarmador como herramienta, haciendo hoyos al azar como metodología y la paciencia como sustento teórico. Fue poco a poco comprendiendo que unas “manchas oscuras” significaban “algo” que en la primera olla que encontró aun era duda, sin embargo, a cada nuevo

hallazgo, la certidumbre de encontrarlas estaba antecedida precisamente por la mancha oscura. De esta pertinaz forma se hizo de diez ollas, ocho de las cuales están completas (sumando un total de doce con las que se había previamente encontrado en la fosa séptica). A cada hallazgo el procedimiento era el mismo, extraer las ollas de su contexto, vaciar inmediatamente el contenido en el porche de la casa juntando toda la tierra que salía de cada olla en un solo montón inseparable.

Continúa en la siguiente página →

Investigación Monumentos Históricos Conservación y Restauración Difusión Proyectos Museo

CONACULTA • INAH

LA HISTORIA SIN TIEMPO DE LAS OLLAS SIN CONTEXTO

CONTINUACIÓN...

“Hubo una vez un tiempo en que los hombres pensaban diferente, los de antes contaban que a la gente de más antes no le gustaba hacer casa, ni hacer mujer, ni hijos, los hombres y mujeres andaban de un lado para otro sin sosiego, cuidándose en la oscuridad y temiéndole a los rayos del sol, así anduvieron por muchas lunas; pasaron los tiempos y los ancestros miraron que resultaba mejor sembrar la tierra y hacer casa. Luego se fueron dando cuenta de que mas allá de los bosques de sahuaro vivía más gente, en las costas había otros, a donde fueran ya las pitayas tenían quien las cortara. Por eso se quedaron aquí, hicieron de los cerros pueblos y tomaron agua de esterío.

Uno de esos hombres [de otros pueblos mas allá de los sahuaros] vino a este pueblo y se fue quedando, se fue imponiendo, aquí platicaba sobre sus costumbres. Allá, de donde él venía, las casas las hacían de tierra dura, con pequeñas puertas, cuartos sin ventanas construidos en las cuevas. Ahí también tenían otras costumbres, una de ellas, es que hacían dibujos en las ollas, colores como el crema, el rojo y el negro eran los que debían utilizar según les decían sus costumbres, los ancianos nunca dudaban en hacer caso de esos preceptos que a su vez les habían enseñado sus ancestros, nosotros no somos quienes debemos de cambiar las tradiciones serios se decían, por ello pintaban las ollas de esos colores, ellos no debían de hacer cosas diferentes.

Pero en este pueblo de los cerros la gente no pintaba sus ollas, las preferían sin color, decían que al barro no hay que contradecirlo, y una olla era del color del barro porque así debía de ser, y en todo caso era el fuego quien ponía el color, ellos no tenían por costumbre andar pintando ollas, eso no era bueno.

Y así hablaban durante las tardes en aquel pueblo, discutían a veces, muchas intercambiaban sus palabras de cómo era el pueblo de ese ser lejano que tampoco nadie sabía como había llegado, tal vez por

accidente buscando pitayas se había perdido, pero aquí ya vivía. A veces él era quien no entendía por qué en estos pueblos de los cerros la gente dibujaba con maestría y osadía figuras en las rocas, decía, *a los cerros no hay que lastimarlos, las rocas sienten, y ustedes las lastiman, las parten, las mancillan, las piedras sienten, míralas si no, al amanecer de las heladas están cansadas, amanecen sudadas, es porque recorren otros mundos, esas piedras son como nuestras madres, nos albergan, nos soportan, nos cobijan, nos protegen.*



Y así se la pasaban, mirando y contando y pasaron muchas nubes y muchos soles y muchas lluvias y muchas cosechas, hasta que en un tiempo de cambio hablaron seriamente de las cosas: Del fin de la vida y de todos ellos. *El viento sopla distinto, los caracoles ya no habitan en los mares, el río se ha secado, se dijeron, como dicen las costumbres haremos unas ollas en donde al final reposarán nuestros restos quemados.* Y así, hicieron ollas, cada cual con una forma diferente, cada cual con su sello particular, el que venía de lejos, hizo enojar a los ancianos: había pintado su olla. Los ancianos callaron, hablaron, al final respetaron *su costumbre.* Cuando oscureció ya sabían que uno a uno moriría, ya sabían que cuando la luna tapara al sol en un mediodía se acabarían las cosechas, el agua, las flores, la tierra. Conforme murieran iban a ser incinerados, los vivos depositarían en su olla las cenizas de los que murieran primero y también sus pertenencias mas queridas. Los últimos en morir quebrarían sus ollas en señal de rebeldía”.

Una historia de este tipo pudo haber sido contada si los arqueólogos hubiesen excavado intacto el contexto en el que se encontraban las doce ollas que se extrajeron sin ningún control de procedencia. Debido a esto, la historia sigue aún sin ser comprendida, nadie sabe por qué ni para qué estaban esas ollas en el lugar en que fueron encontradas. De la mítica historia contada aún nada podemos comprender, nada. Por ahora, esta historia todavía no tiene tiempo.